

CAPITULO II.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SAN GELASIO I (1º. de marzo de 492-19 de noviembre de 496).

1. Eleccion de san Gelasio I. Advenimiento de Anastasio el Silencioso al trono de Constantinopla. — 2. Administracion prudente de Teodorico el Magno. San Epifanio, obispo de Pavía. — 3. Carta de san Gelasio I á Eufemio, patriarca. — 4. Carta del papa á Anastasio. — 5. Concilio de Roma. Cánón de las Escrituras sagradas. — 6. Diversas disposiciones disciplinares dadas por Gelasio I en Italia. — 7. Sacramentario de san Gelasio. — 8. *Tratado del Anatema* por este papa. — 9. Muerte de san Gelasio I.

§ II. PONTIFICADO DE SAN ANASTASIO II (28 de noviembre de 496-16 de noviembre de 498).

10. Persecucion contra los católicos de Armenia. — 11. Vahan. — 12. Clodoveo y santa Clotilde. — 13. Victoria de Tolbiac. Bautismo de Clodoveo. — 14. Cartas de san Anastasio y san Avito de Viena (Delfinado) á Clodoveo. — 15. Muerte de san Anastasio II.

§ III. PONTIFICADO DE SAN SIMACO (22 de noviembre de 498-19 de julio de 514).

16. Eleccion de san Simaco. Lorenzo, antipapa. — 17. Concilio de Italia. Sínodo de la Palma. — 18. Exámen del pretendido derecho de los soberanos sobre las elecciones pontificales. — 19. Carta de san Avito, en nombre de los obispos de la Galia, acerca de la independencia de la Santa Sede. — 20. Esfuerzos de san Avito para convertir al catolicismo á Gondebaudo, rey de los Borgoñones, arriano. — 21. Concilio de Agda. — 22. San Cesario de Arles. — 23. Clodoveo forma el proyecto de arrojar á los Visigodos de la Galia meridional que ocupan. — 24. Batalla de Vouillé. — 25. Muerte de santa Genoveva y de Clodoveo. — 26. Persecucion de Trasimundo en el África. — 27. Concilio de Roma. — 28. San Cesario Arelatense en Roma. — 29. Persecucion del emperador Anastasio contra los católicos de Oriente. — 30. Destierro de Macedonio, patriarca de Constantinopla. — 31. San Sabas en el palacio imperial. — 32. Muerte de san Simaco.

§ I. PONTIFICADO DE SAN GELASIO I (1º. de marzo de 492-19 de noviembre de 496).

1. Al sexto dia de la muerte de san Félix fué elegido papa san Glasio I, el 2 de marzo de 492. Su promocion coincidía con la del emperador Anastasio al trono de Oriente, muy poco antes. El sucesor de Zenon no parecia destinado á ser ni

mejor ni mas glorioso : príncipe vulgar, sin decision ni carácter, y sin principios fijos, estaba tan poco acorde consigo mismo, que no se le podia alabar de una virtud sin que le contrarestase un vicio contrario. Llevaba por máxima que, *por razon de Estado, un príncipe puede mentir y aun ser perjuro* : máxima aborrecible, sacada de la perversa moral de los Maniqueos, que su madre le habia inculcado. Insensible á todo acto de agradecimiento, olvidaba al bienhechor apenas recibido el beneficio. Juan Talaya le habia acogido en un naufragio cerca de las costas de Alejandria, prodigándole los mas tiernos, celosos y desinteresados oficios, porque en aquel tiempo no era dable prever los destinos de Anastasio. Juan Talaya, desterrado y fugitivo en Italia por las razones alegadas, creyó poder contar con la proteccion de Anastasio, é inmediatamente se puso en camino para Constantinopla; pero á la mitad del viaje recibió orden formal del emperador para que inmediatamente saliera del imperio so pena de ser tratado como rebelde y sedicioso. Así fué como pagó su deuda de agradecimiento Anastasio : tales auspicios no prometian dias felices á la Iglesia de Oriente.

2. El Occidente, al contrario, presentaba mas garantías de paz y tranquilidad bajo Teodosio. Este gran príncipe tuvo la consumada habilidad de colocar casi á todos los reyes bárbaros bajo su dependencia por medio de enlaces de familia ó de proteccion. Dió su hija Teodegota á Alarico II, rey de los Visigodos. Principiaba á brillar la reputacion del jóven rey de los Francos, Clodoveo; y le pidió en persona y logró por esposa á una hermana suya. La prudencia del rey de los Ostrogodos inspiraba tanta confianza á los príncipes contemporáneos suyos, que le escogian muy á menudo por su árbitro : les hablaba como un padre á sus hijos. «Habeis recibido prue-»
» bas de mi benevolencia, les decia; sois jóvenes y valientes,
» mas teneis necesidad de consejo. Me afligen vuestros desór-»
» denes, y no puedo llevar con indiferencia el que os dejeis
» gobernar por vuestras pasiones. » — La Sicilia, Rhecia, los Alpes y Ginebra se sometieron espontáneamente á un sobe-

rano que ante todo buscaba el bien de sus pueblos. « Hagan otros guerras por asolar ó robar, decía Teodosio á uno de sus » generales; mi intencion es vencer, con el favor de Dios, » pero de suerte que los vencidos no sientan haber caido bajo » mi dominacion. » Aunque arriano, como su nacion, Teodorico respetaba á los obispos católicos. Y desde el primer año de su reinado en Italia habia dado una ley por la cual declaraba á todos los Italianos que habian seguido el partido de Odoacro y sus Hérulos, incapaces de testar y disponer de sus bienes. Como Italia contaba casi tantos reos como habitantes, consternó en extremo este edicto. Los pueblos pues se dirigieron á san Epifanio de Pavía, su asilo ordinario, suplicándole intercediera en su favor para con Teodorico. Epifanio quiso agregarse á Lorenzo, obispo de Milan, y ambos fueron á Ravena, corte á la sazón del rey de los Ostrogodos: este revocó á instancias suyas su edicto ó ley; y luego, llamando aparte á san Epifanio, le dijo: « Glorioso prelado, vuestras virtudes y el lustre » de vuestra dignidad me determinan á poner en vuestras ma- » nos un negocio de la mayor importancia. Estais viendo de- » sierta á la Italia, y sus campos incultos por falta de labrado- » res. Los estragos de los Borgoñones, sus incursiones conti- » nuas desalientan á estos infelices moradores, y despueblan » el país. Encargaos pues de ir, con el favor de Dios, á pedir » y negociar la paz con Gondebaudo, su rey. Yo sé que este » príncipe os venera mucho y que desea veros hace ya mucho » tiempo. Aceptad pues la mision que yo os propongo, y no » dudeis de que sola vuestra presencia será el precio del res- » cate de la Italia. » Epifanio se apresuró á constituirse me- diador entre ambos reyes; atravesó los Alpes cubiertos de nieve y hielos, en marzo de 494, acompañado de san Víctor, obispo de Turin. El papa san Gelasio le habia dado además cartas para Rusticio, obispo de Leon, ciudad de que Gondebaudo habia hecho su capital. Gelasio agradecia á Rusticio los socorros en víveres y dinero que le habia mandado para socorro de la Italia, durante la guerra entre los Ostrogodos y Hérulos. Le recomendaba eficazmente usase de toda su influencia

con el rey de los Borgoñones para contribuir al buen éxito de la embajada. Y en fin, san Epifanio estaba encargado de sondear los ánimos de los obispos de las Galias respecto de las cuestiones religiosas que agitaban al Oriente. — Rusticio, prevenido de la llegada de ambos prelados, salió á su encuentro mas allá del Ródano, y les acompañó á su ciudad episcopal. Los temores que habian hecho concebir el carácter altivo y la astucia de Gondebaudo para el buen éxito de esta mision, se desvanecieron por sí mismos bajo la influencia moral de las virtudes de san Epifanio. « Gran príncipe, dijo este al rey de » los Borgoñones, solo por amor á vos he emprendido este » viaje tan penoso, y no he vacilado en exponerme á la muerte » para traeros el premio de la vida eterna. Testigo; escogido » por Dios, entre dos grandes reyes, me prometo tener el » gozo de ver cumplidos los designios de misericordia de que » vengo á hablaros. El rey Teodorico quiere la paz, y se pro- » pone rescatar los prisioneros: volvédselos sin rescate ni » precio alguno. Creedme, ninguno ganará mas en este com- » bate de generosidad que el que no reciba nada. Volved, » príncipe, volved á su patria, restituid á sus familias tantos » desgraciados: restituidlos para gloria vuestra. » La gracia de la persuasion, desprendida de los labios del santo obispo de Pavía, tocó vivamente el corazón de Gondebaudo, el cual otorgó la plena libertad de los prisioneros; y seis mil cautivos tomaban el camino de Italia bendiciendo el nombre de san Epifanio. Tuvo pues el mejor éxito la mision de los dos obispos. Los de las Galias, con quienes se puso en relacion san Epifanio, en cumplimiento de las órdenes del papa, protestaron que en las querellas religiosas del Oriente siempre habian tomado partido por la autoridad de la Santa Sede contra las pretensiones de los obispos de Constantinopla.

3. San Gelasio, apenas sentado en la silla de san Pedro, habia fijado sus miradas en el Oriente. Escribió al emperador Anastasio notificándole su eleccion. Eufemio esperaba recibir, como obispo de Constantinopla, una comunicacion igual del nuevo papa; mas se abstuvo Gelasio, por cuanto Eufemio

no estaba admitido á la *comunión episcopal* de Roma. El patriarca tomó ocasion de este incidente para escribir dos cartas al soberano Pontífice, para protestar su celo por la fe católica y su ardiente deseo de paz y armonía entre la Iglesia romana y la griega. Se excusaba de no borrar de los sagrados dípticos los nombres de Acacio y Pedro Monge, porque el pueblo de Constantinopla no le hubiera dado libertad para ello. [Estos *dípticos sacros* eran un doble catálogo de obispos muertos y vivos, admitidos á la comunión de la Iglesia: se leían estos catálogos antes del ofertorio. A mas de los *dípticos episcopales* habia otros comunes, en que se contenian los nombres mas beneméritos de cada iglesia en particular.] Esto acontecia en 493: san Gelasio le respondió con apostólica firmeza. « ¿Puedo » yo tolerar, decia el papa, que se reciten en alta voz durante » los sagrados misterios los nombres de herejes formal y canónicamente excomulgados? ¿Puede tolerarse se confundan » con los católicos? No fuera acto de sabia y prudente condescendencia rebajarse por socorrer á un hermano que dejó de » serlo; sino una temeridad ciega que se precipita en el » abismo. Acacio fué convicto de pactar con la herejía eutiquiana y de comunicar con sus fautores: no os creais pues » afecto á la fe católica mientras permitais quede en los dípticos sagrados el nombre de Acacio. Y no alegueis que os veis » forzado, y muy á pesar vuestro, á obrar así: un obispo no » debe hablar jamás de ese modo, cuando se trata nada menos » que de hacer triunfar la verdad, por la cual ha jurado, como » ministro de Cristo, sacrificar hasta su propia vida. Hermano » mio Eufemio, ambos compareceremos ante el tribunal de » nuestro Señor Jesucristo: allá no se admiten vanas discusiones, ni dilaciones ni subterfugios. En aquel lance terrible se » verá si soy yo quien soy agrio y duro como me acusais, ó si » sois vos quien desecha el saludable remedio; vos que quisierais obligar al médico á estar enfermo con vos, mas bien » que no recibir la salud por su ministerio. » Hay verdadero placer en citar semejantes expresiones, por encontrarse siempre en la Silla apostólica esas tradiciones de grandeza, nobleza

y firmeza que los soberanos Pontífices se transmiten como en herencia. — El emperador Anastasio estaba muy lejos de tratar de volver á anudar las relaciones de Constantinopla con Roma. Habiendo llegado á Italia y aun venido á Roma embajadores suyos para felicitar á Teodorico por el feliz éxito de sus empresas (año 493), les prohibió presentarse al papa y de entrar bajo pretexto alguno en comunicacion con él. San Gelasio observó una conducta opuesta, porque se aprovechó de una diputacion que Teodorico enviaba á Constantinopla para dirigir á todos los obispos de Oriente una encíclica, en la cual pasaba en detalle todos los errores y argumentos de los partidarios de Acacio y Pedro Monge, y los refutaba. Insistia particularmente en la necesidad de la sumision á la autoridad de la Iglesia romana. « ¿Por qué razones, con qué fundamento, dice el papa, se puede estar sometido á las sillas » particuires, cuando se ha hollado el antiguo respeto debido » á la Silla de san Pedro, á esta Silla por la cual se ha fortalecido siempre toda dignidad sacerdotal, cuya prerogativa suprema fué unánimemente proclamada en el juicio definitivo » de los trescientos diez y ocho Padres de Nicea, que recordaban aquellas palabras: *Tu es Petrus, et super hanc petram » ædificabo Ecclesiam meam... Rogavi Patrem meum, ut non » deficiat fides tua... Pasce agnos meos, pasce oves meas.* » Se ve por estas palabras que los papas miraban su autoridad como la mayor y mas santa del orbe: desconocerla ó menospreciarla era trastornar el fundamento mismo del poder espiritual, y entregar la Iglesia á la anarquía. Los Griegos del Bajo Imperio, apasionados por sus teológicas sutilezas, no comprendian lenguaje semejante, é invocaban pretextos mil para eludir las razones del papa.

4. Fué esta nueva ocasion para que san Gelasio dirigiese á los diputados de Federico especiales instrucciones para atacar el error: « Conozco muy bien que los Griegos no llevan otro » fin que el de trastornar la fe católica. Nos están amenazando » siempre con que se separarán de la Iglesia romana, y parece que ya lo van ejecutando desde há mucho tiempo. —

» ¡Osan citar cánones, y no hacen sino hollarlos por su ambición! Y sino, ¿en virtud de qué cánones han arrojado de su propia silla al patriarca Juan de Alejandría sin haberle ni aun acusado de crimen alguno? ¿Por qué cánón han echado de su silla al patriarca de Alejandría para entronizar á un intruso? ¿En virtud de qué tradiciones se atreven á llamar á juicio hasta á la misma Silla apostólica? ¡Cómo! ¿y todas estas temerarias empresas se hacen por los obispos de Constantinopla, á quienes no atribuyen los cánones ninguna de las prerogativas de las principales sillas? Cuando en materia de religion se trata de juzgar, solo pertenece segun los cánones á la Silla apostólica la soberana autoridad: y ningun soberano del mundo, por mas poderoso que sea, puede arrogarse este derecho sin hacerse perseguidor.» La firmeza prudente del papa logró la adhesion de los obispos de la Dardania, quienes le escribieron protestando su celo y afecto por la Santa Sede y la fe católica. Igual ejemplo siguió, en 494, la provincia de Tesalónica. Sin embargo, Anastasio se quejaba de que el papa no le escribiese directamente; conducta contradictoria, pues que habia mandado á sus legados en Italia no comunicar de modo alguno con el papa. Gelasio supo este incidente á la vuelta de los legados de Constantinopla á Italia; é inmediatamente se apresuró á quitar este pretexto de quejas, escribiendo á Anastasio una carta llena de mansedumbre y ternura. «Ruego á vuestra piedad, dice al emperador, no tome por arrogancia mi deber, de cuyo cumplimiento me ha de pedir cuenta Dios. No se diga, Señor, que un emperador romano ha cerrado hasta ahora los oidos á la verdad. Lo sabeis muy bien, príncipe augusto, dos príncipios gobiernan al mundo: la sagrada autoridad de los Pontífices y el poder ó autoridad real. Aunque tengais en las manos el gobierno temporal del género humano, estais, con todo, sometido en lo espiritual á los ministros de las cosas sagradas; así como en lo concerniente á la administracion pública los Pontífices de la religion obedecen á vuestras leyes, porque saben que se os ha dado el imperio por dispo-

» sicion de la divina Providencia.» No se crea que Anastasio, al quejarse del silencio del papa, tuviese intenciones de proponer medios preliminares para una reconciliacion. Al revestirse de la púrpura imperial, movido de las instancias de Eufemio, habia jurado, sobre los santos Evangelios, seguir en adelante la fe católica: pero esto solo era una comedia. Apenas subido al trono, se quitó la máscara, y se declaró tal como era: hereje apasionado, y perseguidor de los católicos ortodoxos. Estalló desde luego su resentimiento contra Eufemio: eran motivos de ello el juramento que este celoso prelado le exigió á su advenimiento, y la oposicion que halló él á sus proyectos de violencia en la mansedumbre y rectitud del santo obispo. Fracasaron prodigiosamente varias tentativas de homicidio contra Eufemio de parte de sicarios comprados. Reunió en Constantinopla un concilio compuesto de obispos sobornados de antemano por favores y larguezas imperiales; todo con objeto de proseguir sus proyectos de venganza. Estos malos prelados declararon á Eufemio indigno del sacerdocio y le depusieron: el emperador se apresuró á confirmar la sentencia á pesar de la emocion profunda que causaba en el pueblo de Constantinopla, y de la sedicion popular que resultó de ella. Eufemio fué deportado á Ancira en 495, donde murió veinte años mas tarde [en 515]. Macedonio, archivero y tesorero de la iglesia constantinopolitana, y como tal, depositario del acta de adhesion á la fe católica suscrita por Anastasio, fué nombrado sucesor de Eufemio. Al tomar posesion de su silla, Macedonio firmó el *Henótico* de Zenon, como la sola verdadera profesion de fe, y Anastasio se hizo devolver su escrito de abjuracion del eutiquianismo, para destruir el público monumento de su perjurio.

5. Por tales fases pasaba el cisma de Oriente bajo el pontificado de san Gelasio: y la atencion perspicaz con que este papa las iba siguiendo, no le impedia atender no menos solícitamente á las demás iglesias. Levantaba de nuevo su cabeza la herejía pelagiana en algunas iglesias de la Dalmacia y del Piceno (Marca de Ancona). Escribió el papa á los obispos de